

Lo maravilloso y lo exótico

América y Oriente en Andalucía

CARLOS ALBERTO GONZÁLEZ SÁNCHEZ
UNIVERSIDAD DE SEVILLA

AH
ABRIL
2014
22

Más allá de los abismos marítimos y terrestres estaban los tesoros, monstruos y prodigios que, durante tanto tiempo los sabios de la Antigüedad, sin llegar a verlos nunca, recrearon y situaron en la remota India. Como el romano Plinio el Viejo (23-79) en su *Historia natural*, el canon por antonomasia que perduró y se incrementó durante la Edad Media. Ya sea en las obras de Marco Polo (1254-1324), Raimundo Lulio (1232-1315) o Gervasio de Tilbury (c.1150-c.1228).

Desde el siglo XIII, las ansias de cosas diferentes e inusuales, ventura y gloria duradera, o el afán de poner en fuga las rutinas de la vida cotidiana, fueron algunos de los incentivos de temerarios viajeros hacia lo desconocido. Ejecutores de unas acciones, propias de encantamiento, en las que, según sus relatos, creyeron ver: países de oro, islas afortunadas, fuentes de la juventud, unicornios, dragones, melusinas, sirenas, hadas, amazonas, faunos, hombres con cabeza de asno, de perros o pies descomunales. Maravillas, o *mirabilia*, de mundos imaginarios ordenados alrededor del sentido de la vista. Cualquier sociedad segrega algo maravilloso procedente de viejas maravillas.

El Atlántico, la “mar oceano”, era el hito entre

VIVIR EN EL SIGLO DE ORO

El descubrimiento y conquista de nuevos mundos fue uno de los grandes logros del Renacimiento, una época de cambios impactantes, novedades y deseos de saber más sobre el universo. Los móviles de una imperiosa curiosidad hacia lo

alejado, exótico y desconocido, que impulsaron la ruptura de unas fronteras geográficas, hasta entonces insalvables, donde los clásicos greco-latinos proyectaron un cúmulo de fantasía, ilusiones y anhelos. Andalucía fue un escenario privilegiado de aquellos sucesos.

lo viejo y lo nuevo. Una distancia real, extraña e incomprensible al mismo tiempo, capaz de resolver algunos de los grandes arcanos de la vieja Europa. Por tanto, la desenfadada búsqueda de rutas oceánicas, continentes fabulosos, portentos y tesoros, generó aventuras y trances vitales más sorprendentes que los narrados en los libros de caballería. Pero sus artífices, disconformes con la herencia recibida, quisieron experimentar las cualidades de lo exótico a través de las misteriosas jornadas, rumbo a lo ignoto, que resistieron.

A partir de mediados del siglo XV los descubrimientos geográficos empiezan a contradecir la autoridad de los antiguos, sin dejar de ser el referente que subyace en las pioneras interpretaciones de la realidad de los nuevos mundos. A ello se debe que los primeros descubridores llenen el vacío de lo desconocido con su imaginario precedente, la tradición clásica. Su desmentido era inconcebible, porque así verificaban viejas leyendas de lugares imaginarios, asociando lo extraño con lo sabido. Hasta las fechas, los *mirabilia* se nutrían de seres antropomorfos inusitados y animales extravagantes de moda inspirados en los bestiarios medievales; junto a las gemas curativas mencionadas en los textos sagrados y diversos productos naturales taumatúrgicos procedentes de un pasado mítico.

Si bien, el hallazgo de América auspició una diferente noción de “maravilla”, ahora referida a lo prodigioso e inopinado, característico de un medio asombroso y sobrecogedor, que, conforme a la mentalidad mágica imperante, podía ser verdad.





La presencia de lo extranatural, pues, más que sorprender, es asimilada como parte integrante de la realidad, que provoca admiración por desconocerse el origen de sus efectos. Una nueva perspectiva intelectual, laica y naturalista, cambia la manera de asumir unos enigmas antes contemplados como signos premonitores de acontecimientos excepcionales. Maravillarse fue la respuesta inicial de los europeos frente al Nuevo Mundo.

Fray Bartolomé de las Casas (+1566) cuenta en su *Historia General de las Indias* que, siendo niño, presenció en su Sevilla natal las albricias de las Indias que bullían en el puerto, calles y plazas de la ciudad. No pocas en boca de charlatanes sin medida, supuestos testigos del Dorado, el país de la canela, el Paititi y otras quimeras fronterizas. Unos nueve años tendría cuando Cristóbal Colón regresó de su primer viaje ultramarino, acontecimiento que, a su llegada a la urbe sevillana, se celebró con “una fiesta como la que se hace el día de Corpus Christi, que en muchos tiempos pasados cosas tan nuevas y diversas, festivas y de tanta solemnidad nunca fueron imaginadas”. Al Almirante lo recuerda como “varón de grande ánimo”, que traía consigo siete indios, lo más desconcertante para los espectadores, cuarenta papagayos verdes y colorados, *guaizas* —carátulas hechas de pedrería, aljófár y oro—, varias muestras autóctonas de árboles y plantas y “otras muchas cosas nunca antes vistas en España ni oídas”.

LA NUEVA CIENCIA. Las cámaras de maravillas o gabinetes de curiosidades de la época, antepasados de nuestros museos de ciencias naturales, pero en miniatura, aspiraban a coleccionar todo lo que había que conocer, o lo que tuviere aspecto de extraordinario e ignorado: animales raros, sus esqueletos, fetos deformados, órganos humanos en alcohol, gemas, taxidermias, huesos, plantas, animales, amuletos paganos, fósiles, rarezas de las Indias y Oriente e instrumentos técnicos de navegación. Símbolos del conocimiento científico total, que entonces aspiraba a la averiguación de las causas y secretos del orbe. El avance de la nueva ciencia estaba generando muchas más preguntas de las que era capaz de resolver.

Al estilo del museo sevillano del médico Nicolás Monardes Alfaro (c.1493-1588), hijo de Niculoso Monardis, librero de ascendencia genovesa activo en la Sevilla de principios del Quinientos, testigo directo de las sorpresivas nuevas americanas que arribaban en el puerto del Guadalquivir, quedó fascinado ante la voluminosa descarga de perlas, esmeraldas, turquesas, papagayos, monos, leones, gerifaltes, azores, tigres y, en particular, las plantas, yerbas, licores, raíces, árboles, frutos y simientes de grandes propiedades medicinales. El fundamento del mu-

Tras su primer viaje Colón, al decir de Fray Bartolomé de las Casas, traía consigo siete indios, cuarenta papagayos verdes y colorados, y “otras muchas cosas nunca antes vistas en España ni oídas”

El descubrimiento y conquista de nuevos mundos alimentaron la curiosidad hacia lo desconocido.

seo natural que creó, uno de los primeros conocidos, en 1554 alojado en la casa que acababa de comprar en la calle Sierpes, a donde lo trasladó desde la de los Francos.

Los negocios mercantiles que mantenía con el Nuevo Continente, y la grata predisposición de sus factores y socios allí establecidos, siempre atentos a sus reclamos, le procuraron un exquisito surtido de semillas, piezas vegetales y substancias que los indios empleaban en la cura de enfermedades. El hecho de recibir las disecadas no le impidió asumir el reto de tenerlas en vivo, tras aclimatarlas y reproducirlas, con el fin de estudiarlas para aplicarlas a la medicina. Con este propósito formó aquel huerto, a modo de jardín botánico, de plantas exóticas como el *carlo sancto*, las cuentas jaboneras, el copal, la caraña, la higuera del infierno, el palo santo, el guayacán, la china, el tabaco, la cañañístola, el mastuerzo, la verbena, el leucoma y un largo etcétera. La esencia del vademécum que publicó en 1574: su *Historia medicinal de las cosas que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina*. Entre sus pacientes había gente de la talla de la duquesa de Béjar, el arzobispo Cristóbal de Rojas y el duque de Alcalá. Este último también dueño de una prolija colección de curiosidades y maravillas, como el VI de Medina Sidonia, el de Arcos y el de Osuna.

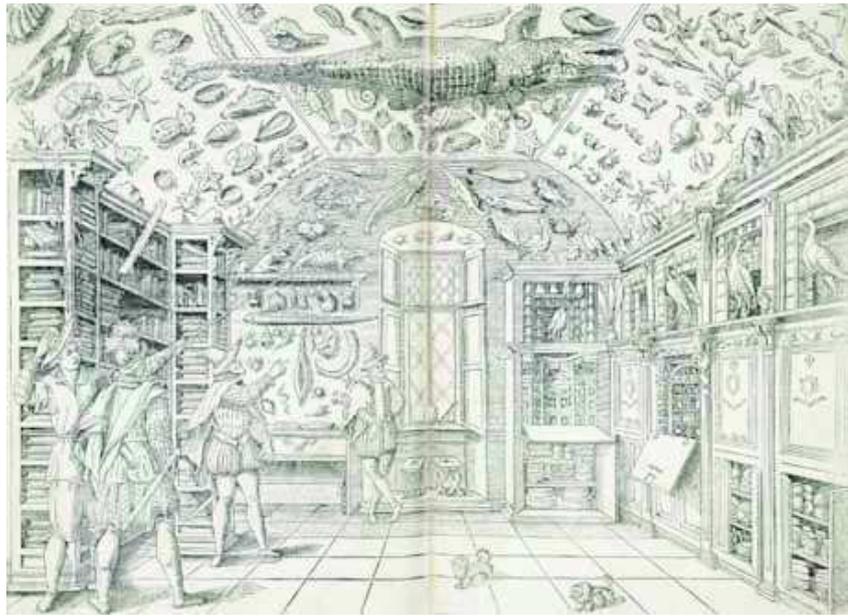
Otro médico, Juan de Cárdenas (1563-1609), nacido en Constantina y desde temprana edad residente en México, en 1591 editó el tratado *Problemas y secretos maravillosos de las Indias*, por no dejar de dar crédito a “las maravillas y ocultos secretos” de las Indias apreciados *in situ*; que “si los oyera Plinio quedara abortito y espantado”. Tras observar, entre otros muchos fenómenos inexplicables, que el zumo de la yuca si se bebe crudo mata, pero hervido beneficia al cuerpo, en tanto que el peyote enloquece y provoca alucinacio-

Es el mundo tan grande

■ “Es tan poderosa la naturaleza, y tan varia en sus cosas, y el mundo tan grande, que cada día vienen a nuestra noticia muchas novedades. Las cosas de admiración no las cuentan, que no saben todas gentes como son: porque diciendo entre simples e ignorantes se burlan de ellas”.

Antonio de Torquemada. *Jardín de flores curiosas*, Salamanca, Alonso de Terranova, 1577.

Las cámaras de maravillas o gabinetes de curiosidades de la época aspiraban a coleccionar todo lo que había que conocer.



Gabinete de ciencias naturales del farmacéutico napolitano Ferrante Imperato (1599).

AH
ABRIL
2014
24

nes fantasmagóricas. Además de las virtudes curativas del azogue, el chocolate, el maíz o la grana. Del *Maluco*, el veneno de toda la fruta que nace en su banda de poniente; y de Ormuz, según destacaban los portugueses, cangrejos que excitan la lujuria. Al igual, y desde tiempos atrás, las ventajas taumatúrgicas del cuerno del unicornio, el rinoceronte, que en la Sevilla del siglo XVI, a ciencia cierta, atesoraron algunos médicos, el marqués de Tarifa y la esposa de Hernán Cortés. Incluso el medio ambiente de las Indias influía en la condición de los inmigrantes europeos, como si fuese por influencia astral, pues solían degenerar en codicia, vagancia y otros vicios execrables. Los criollos, en cambio, acusaban ingenio vivo, trascendido y delicado.

PARAÍSO TERRENALES. Lo maravilloso también adquiere una función compensadora ante la trivialidad y la escasez de aquel tiempo. De ahí que se localice en edades áureas y paraísos terrenales donde rigen la abundancia de alimentos, la desnudez de sus habitantes, la riqueza, la libertad sexual y el ocio: el Dorado, islas afortunadas, los trópicos, el país de las especias o las Siete Ciudades de Cíbola. En suma, un mundo al revés, pero en la vida real, repleto de bondades imperecederas capaces de colmar la per-



Nada admiraba más a los andaluces de la Modernidad que el maná de oro, plata y piedras preciosas desembarcado en los puertos atlánticos de la región, “gran suma de millones” aclara Monardes

manente penuria de la existencia. Es por ello que nada admiraba más a los andaluces de la Modernidad que el maná de oro, plata y piedras preciosas desembarcado en los puertos atlánticos de la región, “gran suma de millones” aclara Monardes.

Una acostumbrada vía de comunicación de dicha prodigalidad pervive todavía en las cartas que las gentes afincadas en el Nuevo Mundo enviaban a sus amigos y familiares de la península. En ellas son persistentes los incentivos directos en forma de cantos de sirenas, reales o fingidos, o sea, llamadas de atención sobre semejante cornucopia americana. La propia existencia de las Indias, una maravilla en sí mismas, hubiera bastado para desencadenar esta ensoñación dinámica de la mejora social y la fortuna al alcance de la mano. Así encontramos en las misivas cuantos modelos sean de desear, del tenor de la que desde Lima envía Sebastián Cabrera a su mujer en Sevilla (1576); en la que escribe: “Es la mejor tierra que calienta el sol en cristianos, porque no saben qué cosa es hambre, que no hay más que derramar el trigo y echarle agua, y hacerse un cañaveral de grano, que de una fanega cogen cincuenta”. De aquella otra que desde México remite Juan Cabeza a su hermano Manuel en Córdoba (1590): “En esta tierra no se sabe qué cosa es hambre, porque se coge trigo y maíz dos veces al año, y hay de todas las frutas de Castilla, donde no se

echa de menos España, y así la gente pobre lo pasa mejor en esta tierra, porque mandan siempre y no trabajan personalmente”. También la que Francisco Sanz dirige desde Potosí a su hermano en Cádiz (1587): “La carne es de balde, oro y plata no hay que decir que es como tierra. Es una gloria esta tierra, que no falta más del paraíso para ser cielo toda ella”.

El mito y la información particular surtieron efecto, como lo dirime el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo (1478-1557) cuando dice: “Hubo muchos que vendieron los patrimonios y rentas, y haciendas que tenían y heredaron de sus padres; y otros algo menos locos, las empeñaron por algunos años, dejando lo cierto por lo dudoso, no teniendo en nada el galardón que esperaban, en comparación de lo que habían de adquirir y ganar en este camino”. La suerte y las capacidades debieron repartir, equitativamente, miserias y abundancias, éxitos y fracasos.

Pese a ello aun no deja de admirarnos la asiduidad y aparente facilidad de aquellos desplazamientos intercontinentales, imprevista que tampoco pasó desapercibida a sus coetáneos, quienes no daban crédito a lo que con embelesada sorpresa divisaban. Tal es, a principios del siglo XVII, la aturrida impresión del escritor Cristóbal Suárez de Figueroa (1571-c.1644): “Admira la facilidad con que se embarcan, sin más recámara y provisión que una camisa, para tan



La insaciable demanda asiática de plata americana conectó Europa con las Indias y el fabuloso Oriente.

Tierras no ha mucho descubiertas

■ “Los habitantes de aquellas tierras, no ha mucho descubiertas por nuestros reyes, y de donde se trae el oro, les parece más admirable que los hombres puedan comunicarse sus sentimientos a través de una carta enviada de tan lejanas tierras”.

Juan Luis Vives, *Diálogos sobre la educación*. Madrid. Alianza Editorial, 1987.

largo viaje, como es el de las Indias. Apenas se despiden de sus casas; pues con decir: “Ahí me llego”, parten a Tierra Firme”.

EL FABULOSO ORIENTE. El Atlántico no era el único océano que favorecía a América, un continente también integrado en el Pacífico, el nexo de unión con el lejano Oeste, Filipinas, China y Japón. Junto con Europa y África, las partes de un mundo globalizado gracias a los intercambios comerciales entre unas y otras. Durante más de tres siglos Andalucía fue el centro de esta unidad planetaria, y sus capitales, hasta 1717, Sevilla y, desde ese año a 1778, Cádiz. La insaciable demanda asiática de plata americana logró conectar a la vieja Europa con las Indias y el fabuloso Oriente, mediante una red mundial de negocios, tratos y contratos.

El Asia oriental, sin embargo, se veía como unos confines demasiado distantes del solar andaluz, por ello sus habitantes tenían una muy leve idea de China y Japón, salvo los funcionarios, misioneros y soldados que llegaron a asentarse en aquellos reinos. Para el común de la población eran lugares legendarios de las postrimerías de la Tierra repletos de maravillas, tesoros y especias, que desde mediados del siglo XVI identificaban, sin distinción, con Filipinas. El referente oriental de España donde dos sevillanos ocuparon el cargo de gobernador. El primero Guido Lavezaris, entre 1572 y 1575, hasta entonces un joven librero, de origen genovés, al servicio de la imprenta sevillana de los Cromberger en México. El otro, de 1596 a 1602, el tesorero de la Casa de la Contratación Francisco Tello de Guzmán.

Como sucedió con los indios americanos, lo que más llamó la atención de los andaluces fueron los orientales, pocos, que recalaron en nuestra región, la mayoría en Sevilla y casi todos en calidad de esclavos, exotismos humanos que despertaban una pasmosa suspensión. Mas sabemos, gracias a los inventarios de bienes estudiados por Juan Gil, cómo a medida que Oriente se iba haciendo presente, las gentes garantes del nivel de vida pertinente se fueron aficionando al consumo de pimienta y otras especias. A tejidos finos y lujosos como el *calicut*, la *sinabafa*, el *canequí*, el *balagate* o el *pacharí*. No menos a vestidos, mantones y ropa doméstica de esmerada elaboración; lozas y porcelanas preciosas, abanicos, gemas, jaspes, rubíes y diamantes. A la vez que un exquisito y singular mobiliario de rica madera pintada y taracea: biombos, camas, mesas, bufetes, escritorios y escribanías. La mayor parte de lo enumerado en hogares de aristócratas, el alto clero y la burguesía en general.

Más información

■ **González Sánchez, Carlos Alberto**

Homo Viator, homo scribens (siglos XVI-XVII). Marcial Pons. Madrid, 2007.

■ **Gil, Juan**

La India y el lejano Oriente en la Sevilla del Siglo de Oro. Ayuntamiento de Sevilla. Sevilla, 2011.

■ **Domínguez Ortiz, Antonio (dir.)**

Los andaluces y América. Espasa-Calpe. Madrid, 1991.

Sin duda el más célebre acontecimiento de esta secuencia oriental fue la embajada japonesa de Hasekura. Fruto del empeño del franciscano, y misionero en la tierra del sol naciente, Luis Sotelo, sevillano de la ilustre familia conversa de los Caballero, quien consiguió convencer al rey de Sendai, Date Masamune, para que, en 1613, enviase una representación diplomática a la corte de Felipe III y al Papa. En estas cuitas, la delegación nipona, una vez superada la travesía del Pacífico, embarcó en Veracruz rumbo a España. Tras sobrevivir a la imprevisible y sempiterna singladura atlántica, la comitiva llegó a Sanlúcar de Barrameda el 30 de septiembre del año en cuestión. El duque de Medina Sidonia, enterado del arribo, le envió unas diestras y bien enjaezadas carrozas, que la llevarían al divino alojamiento que había mandado preparar para darle la bienvenida y agasajarla. Días después aquellos embajadores remontaron el Guadalquivir hasta alcanzar Coria, donde fueron hospedados por el veinticuatro Pedro Galindo entre los vecinos del lugar. Finalmente pisan a Sevilla el 23 de octubre, ciudad en la que protagonizaron una solemnísimas y engalanada entrada, obsequio del concejo hispalense, en todo momento resuelto en liberalidad con tan extraños huéspedes. Cabe apuntar, como bien se sabe, que algunos de aquellos nipones decidieron volver a Coria para radicarse allí, evento cuyas huellas todavía campean por aquí. Sean suficientes estas muestras de maravillas y exotismos en la Andalucía de la Edad Moderna. ■